

LA MUERTE DE JESUCRISTO.

Aun no hace cuarenta días, amables niños, cuando el mundo todo se entregaba á una alegría profana en las diversiones del Carnaval, ya la Iglesia dejaba oír sus gemidos. Cuando los armoniosos sonos de deliciosa música resonaban en el teatro y en los bailes, ya la Iglesia se cubría de luto. Desde entonces, los ecos del dolor han resonado en las bóvedas de los templos, pero en esta semana, hijos míos, van á resonar con ecos más lamentables aun, con los tristes acentos que Jeremías, el profeta de los grandes dolores, suspiró en otro tiempo sobre las ruinas de la infortunada Jerusalen. Nuestro duelo es mas triste que la muerte, porque cuando viene ésta inflexible, á arrancar alguno del número de los vivientes, aun se oyen por intervalos los interrumpidos sonos de la campana funeral. ¡Los sagrados broncees permanecen mudos en lo alto de las torres cristianas, y todo el pueblo se reúne en el templo del Señor! Al ver la débil luz de las hachas combatir vagamente la oscuridad, suspendida en las altas bóvedas; al oír los ecos de los cánticos religiosos que se pierden entre las sombras, créese uno en aquellos tiempos en que los primitivos fieles oraban al resplandor de las antorchas, y hacían subir desde el fondo de las catacumbas y entrañas de la tierra sus cánticos al Eterno; ó mas bien podría decirse que la multitud religiosa, silenciosamente postrada al pié de los monumentos, de los sepulcros del Salvador, no se compone sino de una sola inmensa familia, que viene á pasar la noche al lado del cadáver de un padre querido depositado en el féretro.

Todas estas señales de dolor profundo, de funeral tristeza, ¿qué significan? lo sabeis, amables niños, porque en esta semana celebramos el aniversario de la muerte del Salvador de los hombres. Ved, porque, en esta semana no os hablaremos de cosas alegres, ni os contaremos cuentos, ni reiremos con vosotros. Os hablaremos del suceso mas terrible que vieron los siglos, os hablaremos con acento triste y sentido, si bien consolador, porque si en la pasión del Hombre-Dios la humanidad sucumbe, la Divinidad triunfa.

Jesucristo debia por su muerte destruir el pecado, y así el pecado se encarnizó contra él. Comenzó á hacerle sufrir desde su nacimiento en un pesebre, prolongó sus padecimientos en el desierto, y los terminó por una muerte humillante y afrentosa.

Después de haber cenado el Salvador con sus discípulos, é instituido el adorable Sacramento de la Eucaristía, dando su propio cuerpo y su propia sangre á sus discípulos, y entre ellos á Judas, que meditaba ya entregarlo á sus enemigos, una disputa suscita entre ellos, cual debería ser considerado superior. «Los reyes de las naciones los mandan como amos, responde Jesus,

y los que tienen autoridad sobre ellos toman el título de benéficos; no hagais vosotros lo mismo, sino el que tenga el primer lugar entre vosotros, sea el servidor de los demás.» Juntó el ejemplo al precepto, lavándoles los pies y estableciendo así entre ellos la humildad y la caridad.

Si vosotros, amables niños, hubiérais mandado como él á las olas del mar y á las tempestades, hubiérais hecho que el abismo hubiera abierto su terrible boca y que devorase al traidor, pero el Salvador quiso enseñar á los hombres con este acto á volver bien por mal.

Después de esta última cena, pasó Jesus el torrente Cedron, como David lo habia pasado en otro tiempo, huyendo de un hijo desnaturalizado, subió, como él, al monte de las Olivas, y entró en un jardin. Aquí es donde verdaderamente comienza la pasion del Hombre-Dios. Aléjase de Pedro, Jacobo y Juan, sus apóstoles para orar, encargándoles que estuviesen vigilantes. Jesus se llenó de terror al orar á su Eterno Padre. Un sudor de sangre corre gota á gota de su frente á la tierra. Su alma está triste hasta la muerte, y si su humanidad no hubiese sido sostenida por su naturaleza divina, Cristo hubiera seguramente sucumbido. Entonces, tal vez, al contemplar la ingratitud del hombre, que iba á redimir á precio de su sangre, es cuando debió exclamar: *¡Padre mio! ¡Padre mio! apartad, si es posible, este cáliz de mí.*

Todas las pasiones que tiranizan el corazon del hombre, van á atacarle, á levantarse contra él y atormentarle. Mientras que su alma se hallaba entregada á la mas cruel y violenta agitacion, sus discípulos se dejan vencer por el sueño. ¡Ved aquí, niños míos, la negligencia!

Judas, uno de los apóstoles que sabia el lugar donde se habia retirado Cristo, va á buscar á los príncipes de los sacerdotes, á quien las máximas de Jesus habian irritado, y les dice:—¿Qué quereis darme?—Prométenle treinta monedas de plata, y Jesucristo es vendido por uno de los suyos, como José lo habia sido por sus hermanos. ¡Ved la avaricia y el orgullo reunidos! El hijo de perdicion, tal es el nombre que justamente le dá la Escritura, se adelanta acompañado de soldados armados al encuentro de su divino Maestro, y les dice: «Prended á aquel á quien yo diese un beso, porque es al que buscáis;» y dá un beso á Jesus. ¡Ved la traicion!

Para hacer ver el Hombre-Dios á sus enemigos que voluntariamente se entrega á ellos, se adelanta á su encuentro, y les dice: *¿A quién buscáis?* y cayeron como heridos del rayo al eco de su poderosa voz en el suelo. Simon Pedro que tenia una espada, echó mano de ella, é hirió á uno de los criados del pontífice; pero el Señor lo sanó instantáneamente, y mandó á su discípulo que envainase la espada, porque queria apurar el cáliz de amargura que le destinaba su Padre. Los soldados prendieron entonces á Jesus, le ataron las manos, y todos su discípulos le abandonaron. ¡Ved la inconstancia!

Condujeron los soldados á Jesus al palacio del gran sacerdote, segun el órden de Melquisedech, Anás, y después á casa de Caifás, gran sacerdote, segun el órden de Aaraon. Preguntado por éste sobre sus discípulos y su doc-

trina, Jesus le respondió: —*Yo he hablado públicamente á todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reúnen; nada, nada he dicho en secreto, ¿por qué me preguntais á mí? Preguntad á los que me han oído.*

Al decir esto, uno de los oficiales que se hallaban delante, le descargó insolentemente un fuerte bofetón, gritando: «¿Así respondes al pontífice?» Contéstole el Salvador: *Si he hablado mal, muéstrame en que; y si bien, ¿por qué me hieres?* Así á la cólera responde el Señor con palabras mesuradas y tranquilas.

Falsos testigos resueltos á perderle, deponen falsos testimonios contra él. ¡Ved el perjurio y la mentira!

Mientras en el tribunal de Caifás hablaban ya de condenar á muerte á Jesus, una criada que divisa á Pedro entre los que se hallaban en el átrio del palacio, dirigiéndose á los que se hallaban presentes: «Este es uno, dice señalando á Pedro, éste es uno de sus discípulos.» Pedro asegura tres veces con juramento, que no conoce á aquel hombre. ¡Ved otra vez el perjurio, las consideraciones y respetos humanos!

Al salir de la casa de Caifás, Jesus arroja sobre Pedro una mirada de compasion, y triunfa así de su infidelidad.

Llevado á casa de Pilato, éste le envia á Herodes, que se alegra de verle, esperando que haga en su presencia algun milagro, de que está dispuesto á no aprovecharse para su salvacion. ¡Ved la vana curiosidad!

Herodes lo trata como á un loco, y lo hace conducir nuevamente á Pilato, éste le pregunta, se convence de su inocencia, se halla dispuesto á salvarlo. Jesus recompensa la benevolencia que le manifiesta Pilato por saludables avisos de que éste no sabe aprovecharse. Pilato titubea largo tiempo: sabia que si no lo sacrificaba, podia de un momento á otro estallar una conmocion popular y que podria ser víctima de ella. Pilato, condena á Jesus á ser azotado bárbaramente y lo entrega al escarnio de los soldados que lo golpean brutalmente, le tejen una corona de espinas, y ponen en sus manos por cetro una caña rota, y cubren sus ensangrentadas espaldas con unos harapos de rida púrpura.

¡Ved aquí al hombre! dijo Pilato al pueblo, presentando á Jesus en tan lamentable estado, con ánimo aun de salvarle: pero de todas partes gritaban: ¡crucifícale! ¡crucifícale!

En vano Pilato se lava delante del pueblo las manos, diciendo que es inocente de la sangre del justo. Una mancha de sangre quedará impresa sobre su frente durante todos los siglos. ¡Ved aquí, amables niños, la culpable política de los grandes del mundo, que sacrifican muchas veces la inocencia por conservar los destinos y empleos!

El gobernador de Judea tiene el derecho de libertar un criminal en celebridad de la Pascua, y da á los judíos á elegir entre Jesus, cuya inocencia reconoce, y Barrabás, ladrón famoso. Los judíos claman furiosamente: «La

libertad para Barrabás, la cruz para Jesús!» ¡Ved la rabia del populacho, el deseo de muerte!

Entregado al furor popular, los príncipes de los sacerdotes y de los doctores de la ley, le hicieron cargar con una pesada cruz y le condujeron al Gólgota, lugar destinado para la ejecución de los reos. Al marchar al suplicio, el Salvador vuelve los ojos hacia las hijas de Jerusalén: *No lloreis por mí*, les dice, *sino por vosotras y por vuestros hijos*. No se pasará un siglo, sin que esta terrible profecía tenga su horroroso cumplimiento. ¡Infeliz Jerusalén! Tú has presentado al Hijo de Dios para que agote una copa terrible de amargura: la ha agotado; pero no ha roto esta copa terrible: el furor del Altísimo la llenará á su vez para tí y te embriagará de dolor.

María, á quien el discípulo amado Juan, vino á decirle que Pilato habia altamente proclamado la inocencia de Jesús, condenándole, sin embargo, á muerte, salió de su retiro acompañada del evangelista San Juan, para ver al hijo de sus entrañas cuando le llevaban al suplicio, estrecharle contra su corazón y darle el último á Dios.

¡Qué espectáculo para esta pobre madre! Oye los gritos, oye las injurias, oye las blasfemias, ve los verdugos, los unos llevan clavos, los otros cuerdas y los otros martillos. Busca en medio de ellos á Jesús, y lo descubre cargado con su cruz. ¡Qué cambiado está! no es ya el mas hermoso de los hijos de los hombres. El dolor habia devorado su belleza; es todo una llaga: desde la cabeza á los piés corre la sangre: si no hubiera sido su madre no lo hubiera reconocido. Sigue á la multitud furiosa y de todas partes gritan: *Crucifícale! crucifícale!*

Llegado al Gólgota rasgan bárbaramente sus vestiduras dejándole en vergonzosa desnudez, le tienden sobre la cruz, clavan sus piés y manos destrozando impiamente todos sus miembros, y lo levantan crucificado á los ojos de la desenfrenada muchedumbre.

Su madre estaba allí!....

Amables niños, vosotros habreis visto algunos que cuando vuestras madres han perdido un hijo querido, han velado cerca de su lecho, presentándole con solicitud maternal las medicinas que creían poder prolongar un momento su existencia, y que cuando han espirado han tenido al menos el triste consuelo de abrazarle. María fué mas desgraciada que todas las madres: su hijo moribundo hace oír este grito de agonía, *¡Tengo sed!.....* y no pudo ofrecerle un vaso de agua. Uno de los soldados empapó una esponja con vinagre y atándola á una vara de hisopo la arrimó á su boca.

Algunos instantes antes de que terminase tan dolorosamente su vida mortal el Salvador, descubriendo al pié de la cruz un discípulo que amaba por la candidez de su alma, acordándose de que él era el representante del pecado, y que una madre tan pura como la suya era la única capaz de mediar entre Dios y los pecadores, le dijo: *Mujer, he ahí á tu hijo*, y al discípulo: *he ahí á tu madre*.

Jesús en su abandono no podía recibir ningun consuelo: entonces se

quejó de estar abandonado, no por su Padre, sino por un Dios terrible que lanzaba sus rayos sobre el Calvario, queriendo así darnos una gran lección de que el pecado merece á la vez el odio de los hombres y la cólera y reprobación del cielo. Poco tiempo despues saboreaba aun su cáliz de amargura. La copa se habia agotado lentamente, habia llegado á las heces mas amargas y exclamó con una voz fuerte: TODO SE HA CONSUMADO! Despues arrojando una última mirada de complacencia y de amor sobre la tierra que acababa de salvar, espiró!.....

Cristo murió: pero murió como Sanson, que sepulta á los filisteos en su ruina; ha muerto como Jacob, que cruza sus brazos para bendecir á Efrain y Manasés. Ha muerto, pero subsiste su poder. Muerto detiene aun como Josué el sol en su carrera; empero este gran astro pierde sus rayos, no parece en el cielo sino como un cuerpo muerto que se envuelve en una inmensa mortaja. El velo del templo, inútil ya para lo sucesivo, se rasga de arriba abajo; chocan entre sí las piedras, y para confundir la incredulidad se trastorna la naturaleza entera. La muerte que habia creído vencer al Hombre-Dios, se confiesa ella misma vencida, y le vuelve sus presas. Todo es confusion, los habitantes del otro mundo aparecen en el nuestro, tiembla la tierra dispuesta á caerse, segun la espresion de Isaías, como un hombre embriagado. En medio de la oscuridad y la confusion, sobrevienen los remordimientos; muchos de los judíos, que habian escarnecido la victima del Gólgota, golpean con dolor su pecho, y esclaman á su pesar: ¡Verdaderamente este era el hijo de Dios!

¡Todo está consumado! las profecias se cumplieron; las figuras quedan esplicadas; la verdad sucede á las sombras; el nuevo Adan ha muerto en el lugar que se miraba como el lugar de la sepultura del primero; la serpiente quedó vencida. En efecto, la habeis visto, amables niños, á la antigua serpiente perseguir al Señor por todas partes. Se desliza en el jardin de las Olivas; se arrastra en los palacios de Anás, de Caifás, de Pilato y de Herodes. ¿Ois la multitud que aulla y blasfema? Es la serpiente que silba. Se enrosca alrededor de la cruz, sube á ella con los verdugos, llega hasta la inscripcion: *Jesus Nazareno, Rey de los Judios*; la ha leído; centellean sus ojos; quisiera arrancarla; pero una fuerza invencible la detiene; el cadáver que hay pendiente en la cruz, en lugar de un olor de corrupcion, exhala un olor de divinidad que la sofoca. Baja, y con ella una inmensa cortina de tinieblas cae sobre la tierra, porque se ha terminado el mas grande de los acontecimientos, un acontecimiento divino.

Cristo va á resucitar glorioso y triunfante al tercero dia!

La serpiente quedó vencida; el Evangelio predicado por todo el mundo, y la antorcha de la Fé brilla á los ojos de todas las naciones, á las que ha llevado la civilizacion y la libertad.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DON JUDAS JOSÉ ROMO.

«Lo que no entenderán todos es que en mi concepto he sido elevado á cardenal por el interés que me tomé inspirado del amor de Dios á favor de la enseñanza, queriendo el Señor recompensarme aun en esta vida mis piadosas intenciones contra las cábalas de los mundanos. Lo cierto es que de otro modo no se alcanza cómo ha llegado á tal dignidad un hombre incógnito en Palacio, en los ministerios y en los círculos de los personajes.» As escribía este gran prelado á un amigo, remitiéndole su *Coleccion de opúsculos sobre las primeras letras*. Observaciones hizo respecto de la ortografía castellana y del modo de simplificar sus dificultades; con el *Arte de leer el castellano y el latín* se anticipó á todos en preferir el silabeo al deletreo desde que se empieza la lectura: además en 1816 elevó á Fernando VII una representacion muy notable por lo bien pensada y escrita, para que se extendiera á todos los ámbitos del reino la instruccion primaria. Cuando compuso los tales opúsculos era canónigo de Sigüenza, despues de estudiar leyes y cánones en la universidad de Alcalá de Henares. Canizar se llama el pueblo de la provincia de Guadalajara que en 7 de enero de 1779 le dió cuna. Su padre habia ascendido hasta brigadier y le destinaba á la carrera de la diplomacia; no la pudo seguir al cabo, porque del sarampion quedó torpe de oído: en que abrazara la carrera eclesiástica influyó un desengaño sobre materia literaria, pues habia escrito una tragedia titulada *Livia ó la conjuracion contra Viriato*, á que la censura opuso reparos no políticos ni morales, é imaginando que jamás veria impresas sus producciones, tal percance tuvo por sobrehumano aviso de que solo en el seno de Dios se encuentra la verdadera gloria.

Para aprender y enseñar dejaban tiempo muy sobrado las ocupaciones de su oficio á don Judas José Romo, que fué catedrático de matemáticas en la universidad de San Antonio de Sigüenza. Durante las vacaciones venia á su casa de Cañizar ó á la córte. Sin haber hecho política figura, hácia el año de 1823 fué recluido en el convento de franciscanos de la Salceda: desdormente creyó reclamar contra el inmerecido castigo; y allí estuvo agasajadísimo por los religiosos, y las horas se le volaron de cotidiano en la biblioteca, muy principalmente aplicado al estudio y la meditacion de los libros de los Santos Padres. Excelente orador cristiano fué de resultas; ya libre desde el púlpito de su santa iglesia avivó el sentimiento católico á menudo con sermones de tan sublime doctrina y selecto lenguaje como se notan y admiran en los cuatro dados á la estampa sobre la Resurrección y Pentecostés y las festividades de San Pedro y San Pablo y de Todos los Santos.

Cerca de treinta años llevaba de canónigo el señor Romo, cuando en 1833 fué elevado á la silla episcopal de Canarias. Sumo y apostólico celo desple-

gó en sus funciones pastorales: fiel se mantuvo siempre á la causa de la reina y de las instituciones; pero en los años de 1836 y de 1841 se vió obligado á representar contra toda reforma eclesiástica sin intervencion de la Santa Sede, y de aquí provino que en 1842 se le mandara comparecer ante el tribunal Supremo de Justicia. Su inculpabilidad no le eximió de confinamiento por dos años á cualquier punto de eleccion suya. Poco llevaba de residir bajo tal concepto en Sevilla, al ocurrir la caida de la regencia del duque de la Victoria. Ya pudo exponer libremente sus opiniones sobre la *Independencia constante de la Iglesia Hispana y necesidad de un nuevo concordato*, que es el título de una de sus obras. En 1847 fué nombrado arzobispo de Sevilla, y la púrpura de cardenal se vistió á los tres años. Contra su fervor evangélico y la robustez de su fibra nada pudo la edad avanzada: muy luego inauguró el seminario conciliar de San Isidoro con un discurso magnífico y testificante de que la Iglesia fue siempre antorcha de las letras: sin embargo de atender á plantear en su diócesis el nuevo concordato, por cuya necesidad clamó antes que nadie, no menos hizo de tres pastorales visitas, saliendo cuatro veces más á consagrar por obispo de Guadix al señor Arbolí y á enterrar al obispo de Cádiz don Domingo de Silos Moreno, á inaugurar el santuario de Nuestra Señora de Regla y á bendecir el ferro-carril de Jerez al Puerto de Santa María. Pastorales circuló muy dignas de un sucesor en la mitra de San Leandro, y además compuso un *Dictámen práctico sobre las monjas* y un *Discurso relativo al misterio de la Concepcion Inmaculada*. Ni los más ancianos de Sevilla recordaban haber oido la divina palabra á ninguno de sus inmediatos antecesores: de sus lábios escucháronla diversas veces, la primera en loor de la Conversion de San Pablo y la última para solemnizar la Ascension de Jesucristo.

Si no es en San Pedro de Roma, vanamente se buscará fuera de Sevilla en más alto grado el esplendor patético de los Oficios de Semana Santa. Por vez postrera celebrólos augustamente en 1854 el cardenal don Judas. Como del cielo parecia llegada la procesion del jueves, cuando arzobispo tan venerable fué á depositar la Hostia en el Sagrario; y de santa aureola semejaban ceñidas sus canas, cuando el viernes bajó desde el altar mayor, con los piés desnudos y una cruz del tamaño natural á cuestras, para adorarla en el centro del coro. A principios del siguiente verano establecióse por unos días en su palacio de Umbrete, con ánimo de girar pronto una pastoral visita hácia las comarcas de Arcos y Bornos; pero allí adoleció de peligro, y sintiendo que su enfermedad no le permitiera predicar en la fiesta solemne, que por la declaracion dogmática de la Concepcion habia de celebrar su Santa Iglesia, se le llevó Dios el 11 de Enero de 1855 á los cuatro días de cumplir setenta y seis años.

Hombre fué el cardenal Romo de limpias costumbres, de porte señorial y majestuoso, de gran penetracion é inventiva, de singular viveza y esmerada cultura: con poco tenia bastante su modestia, y á remediar necesidades consagraba sus rentas y su patrimonio: amantísimo se mostró de las letras, y á

la poesía rindió estimable tributo: soltura, naturalidad y corrección recomiendan su prosa; y por todas sus circunstancias siempre sonará su nombre á la par de cualquiera de nuestros prelados mas insignes.

A. F. DEL RIO.

ROMANCES A LA PASION DE NUESTRO SEÑOR

POR FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

DESPEDIDA DE CRISTO Y LA VIRGEN.

Los dos mas dulces esposos,
Los dos mas tiernos amantes,
Los mejores Madre é Hijo,
Porque son Cristo y su Madre,

Tiernamente se despiden,
Tanto, que en solo mirarse,
Parece que entre los dos
Se está repartiendo el cáliz.

—Hijo, le dice la Virgen,
¡Ay, si pudiera escusarte
Esta llorosa partida,
Que las entrañas me parte!

A morir vais, Hijo mio,
Por el hombre que criásteis,
Que ofensas hechas á Dios,
Solo Dios las satisface.

No se dirá por el hombre,
Quien tal hace que tal pague,
Pues que Vos pagais por él
Al precio de vuestra sangre.

Dejádme, dulce Jesus,
Que mil veces os abrace,
Porque me déis fortaleza
Que á tantos dolores baste.

Para llevaros á Egipto
Hubo quien me acompañase,
Mas para quedar sin Vos,
¿Quién dejais que me acompañe?

Aunque un ángel me dejéis
No es posible consolarme,
Que ausencia de un Hijo-Dios,
No puede suplirla un ángel.
Siento yo vuestros azotes,

Porque vuestra eterna carne

Como es hecha de la mía,

Hace que tambien me alcance.

Vuestra cruz llevo en los hombros

Y no hay que pasar delante,

Que si á los vuestros aliento,

Aunque soy vuestra, soy Madre.—

Mirando Cristo á Maria

Las lágrimas venerables,

A la emperatriz del cielo

Responde palabras tales:

—Dulcisima Madre mia,

Vos y Yo dolor tan grande

Dos veces le padecemos,

Pues le padecemos antes.

Con Vos quedo aunque me voy,

Que no es posible apartarse

Por muerte ni por ausencia

Tan verdaderos amantes.

Yo siento mas que mi muerte

El ver que el dolor os mate,

Que el sentirlo y padecerlo

En mí son penas iguales.

Madre, yo voy á morir

Porque ya mi Eterno Padre

Tiene dada la sentencia

Contra mí, que soy su imágen.

Por el mas errado esclavo

Que ha visto el mundo, ni cabe,

Quiere que muera su hijo:

Obedecerle es amarle.

Para morir he nacido,

El ordenó que bajase

De sus entrañas, paternas

A las vuestras virginales.

Con humildad y obediencia

Hasta la muerte ha de hallarme,
La cruz me espera: Señora,
Consuéleos Dios, abrazadme.—

Contempla á Cristo y Maria,
Alma, en tantas soledades,
Que Ella se queda sin Hijo,
Y que El sin Madre se parte.

Llega y dila: Virgen pura,
¿Quereis que yo os acompañe?
Que si te quedas con ella,
El cielo puede envidiarte.

AL BUEN LADRON.

Angeles que estais de guardia
En los presidios eternos
Al arma, al arma, á la puerta,
Que quieren robar al cielo.

¿Qué importa que de diamantes
Os viese Juan, muros bellos,
Que estando Cristo enclavado,
Cómo podrá defenderos?

Si Cristo Santo es la puerta
Ya se la rompen tres hierros,
Cuyas llaves, sangre bañan,
Porque den vuelta mas presto.

Accechando está un ladron
Por los mismos agujeros,
Si á la casa del tesoro

De Dios puede dar un tiento.
Como de su Eterno Padre

Es el escritorio el Verbo,
A donde guarda las joyas,
Ganzúas de la Fé le han puesto.

Por las paredes humanas,
Que hizo de Dios el dedo
En el vientre de Maria,
Escala pone á su pecho.

Por la humanidad de Cristo
Entra á Dios el ladron diestro,

Pero llegando con Fé,
Dicen que no es sacrilegio.

Robar quiere la custodia
De su mayor Sacramento,
Con ver la Hostia en el cáliz,
Y el cáliz de sangre lleno.

No lleno aunque lo parece,
Que todo se está vertiendo;
Que anda revuelta la casa

Cuando se muere su dueño.

¿Qué mucho que anden ladrones,
Si ha de ser Cristo en muriendo
Ganancia de pescadores,
Estando el rio revuelto?

Como se abraza la casa,
Y dice Dios ¡fuego, fuego!
Todas las joyas arroja
Por las ventanas del Verbo.

No le defiende Maria,
Que tambien su pecho tierno
Está clavado en Jesus,
Aunque se le arranca el pecho.

Como se le muere el Hijo,
No tiene la hacienda dueño,
Que desde que le parió
Le cuesta tantos tormentos.

Tampoco Juan la defiende;
Que quien se durmió en su pecho
Mal podrá guardar tesoros,
Que no se guardan durmiendo.

Pero ya el ladron famoso,
Como otros muchos han hecho,
Quiere acabar predicando
A el que está con él, diciendo:

—Ese padece sin culpa.

Los culpados padecemos,
Jesus, hijo de David,
De mí te acuerda en tu reino.

—Conmigo, responde Cristo,
Estarás hoy, te prometo,—

Que como ve que se parte,
Hace barato del cielo.

Alma, llegad á la cruz
Que está Cristo todo abierto,
Liberal y maniroto,
Como se le acaba el tiempo.

No os quedeis por vuestra culpa
Sin los tesoros inmensos,

Dios lleva un ladron consigo,
Mirad cual anda el deseo.

Como todos le han dejado,
No se espante el mundo de esto,
Que hacer caso de ladrones

Es á falta de hombres buenos.

Ahora que el cielo roban,

Es buena ocasion, entremos,

Que podrá ser que despues

Le pongan candados nuevos.

ELEAZAR.

Dejad á los niños que se acerquen á mi.

(S. MATH. c. XIX. v. 14).

I.

Hácia la hora sesta de una mañana correspondiente al plenilunio de nuestro mes de marzo, rugían enfurecidas las turbas de Judea frente al palacio del procurador Poncio, en demanda de la presa que la justicia y la propia dignidad aconsejaban al representante del pueblo romano librarse del ciego encono de la muchedumbre. Con fuerza suficiente contaba para sacar ileso el buen derecho, pues las cohortes de la legion Itálica aprestadas á la pelea y ganosas de no cobijar una iniquidad bajo la sombra de las águilas del imperio, hubieran á poco esfuerzo disipado el bárbaro populacho, á quien miraban con el desprecio digno de su culpable desvarío. Mas el pretor de Jerusalem era tímido é irresoluto, quiso contentar á los amotinados ofreciéndoles libertar á Jesus en lugar de un famoso bandolero, y ellos audaces ante la cobarde contemplacion del juez inícuo, desecharon su propuesta con amenazas y dicterios.—Suéltanos á Barrabás, dijeron, y muera el que se llama nuestro rey; nosotros no tenemos otro soberano que el César y tú serás su enemigo si perdonas al que le usurpa su título.—Estas palabras aumentaron el temor de Pilato y luchando con su conciencia se retiró al fondo del pretorio.

Pasadas algunas horas, arreció la ira popular á medida que la tardanza escitaba su furia contra la presa que ansiaba su bárbara malicia. Los príncipes de los sacerdotes y los falsos doctores de la ley discurriendo de uno en otro grupo, agitaban el ciego encono de la plebe auxiliados por la hipócrita falsedad de los fariseos, que invocando el santo nombre de Dios, clamaban venganza contra la ley escarnecida.

¡Oh pueblo ciego, desdichada ciudad y gente sin consejo! ¿Cómo despues de haber recibido al Justo con palmas y cánticos de alegría ahora te muestras sediento de su preciosa sangre? ¿Por qué no aprendes que los magnates que trafican con tu inesperienza, siempre hicieron escabel para su encumbramiento de tu natural sencillo y tornadizo, aunque recto por lo comun cuando las escitaciones de alta gerarquía no le vician con su engañosa influencia? ¡Oh loco y simple que tú eres! ¿Pides la muerte del hijo del carpintero de Nazareth que vino á proclamar el de sangre patricia igual al siervo ante la presencia de Dios? ¿Qué mas hicieras por sacudir el yugo del tirano mas desaforado? En verdad que no te agitaras tanto, pues siempre los déspotas de todos tiempos hallaron en tí gracia y fanáticos adoradores.

Pero volvamos, pues, la vista hácia la elevada galería desde la cual el

gobernador pronunciaba sus arengas: multitud de soldados se han colocado en ella saliendo del pretorio, y el magistrado supremo no debe tardar en venir á sentarse en su tribunal en el lugar llamado lithóstrotos, de una palabra griega que indica la estructura de su pavimento compuesto de pequeñas piezas de diversos mármoles. Allí se deja ver revestido de la pompa anexa á su elevado cargo. Pálido, convulso, mal ceñida la toga, se adelanta al borde de la plataforma y estendiendo el brazo indica su intencion de hablar á la multitud: reina profundo silencio al cabo de horrisona tormenta de alaridos é imprecaciones, y apartándose á entrambos lados el séquito que al pretor acompañaba, los cielos y la tierra contemplan mudos de terror al Hijo del Hombre hecho lastimoso escarnio de sayones groseros, azotado cual un esclavo, ornada por burla su divina frente con una corona de aguzadas espinas y echado sobre los hombros un andrajoso manto de púrpura, que haciendo compás al cetro de caña que han sujetado á las manos del Varon de Dolores, completa los atavíos irrisorios de la dignidad suprema que se niegan á reconocerle.

¡Grandeza inconcebible de justicia y misericordia en que se confunde la imaginacion, no dejando al espíritu aptitud para otra cosa sino para desear, salvando la distancia de tiempo y lugares, compartir las angustias de su pasion con la Santa víctima inmolada por la culpa del linaje humano, ó bien cayendo postrado ante la presencia del Verbo Sacrosanto exhalar el alma á vista de tanto amor y tan inmenso sacrificio! Pero cesa en tu anhelo, pensamiento temerario, la dicha que apeteces les fué negada á los escogidos que por entonces vivieron; sigue, miserable mortal, nacido entre llanto, la peregrinacion que se te impuso; en ella encontrarás cruz suficiente, llévala con resignacion en memoria del que te precedió en el Calvario, y si agelado con el dolor logras apurar el cáliz sin torcer el semblante, el Mártir del Gólgota te recibirá en sus brazos dándote en cambio de sinsabores pasajeros eternidad de bienes inmortales.

—*He aquí al hombre*, esclama Pilato, señalando á Jesus. Al oirle brama de cólera la chusma, un clamor inmenso se alza de nuevo estremeciendo al mismo Satanás en sus antros infernales y los maestros de los blasfemos de nuestros dias aullan ébrios de furor:—Quíta, quíta: crucifícale; su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

¡Ah, desgraciada gente de dura cerviz, que tu maldicion se cumplirá hasta la consumacion de los siglos! Allá en el porvenir se aprestan los encargados de la justicia de Dios á infligir el castigo conveniente á tu horrible deicidio. Porque determinado está que tu desgracia sirva de testimonio saludable de la verdad de la palabra eterna.—¿Dónde van esas lucidas falanges tan provistas de carros y máquinas de guerra?—Son las legiones del benéfico Tito, delicias del género humano, que no dejarán piedra sobre piedra en la ciudad de Jerusalem.—¿Cómo! ¿los ejércitos comandados por tan piadoso general han de proceder con tanta saña?—Sí, porque son los instrumentos escogidos para dar cumplimiento á lo que está escrito, y aun á su pesar ha-

brán de hacerlo.—Un esclarecido emperador, filósofo, valiente, querido de sus tropas, se dispone á dar á los judíos patria y altar.—Es verdad, tiene grandes cualidades segun el mundo, pero mírale caer atravesado por la flecha de un persa, y arrojando su sangre al cielo confesarse vencido por el profeta de Galilea. Y recorriendo los siglos observa luego al genio militar mas importante que registran las edades, humillado en Bailen por vez primera, el mismo día que firmó en su quinta de Marrast la rehabilitacion del pueblo judío.

Una sola voz se oyó protestar entre las turbas á favor de la inocencia: fué la de un niño que al mirar la venerable faz del Redentor gritó con aliento esforzado:

—Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí y no me confundas con tus enemigos.

Por un momento se fijaron en él todas las miradas; algunos de los mas audaces cogieron piedras y se disponian á lapidarle como blasfemo, cuando una decuria de soldados le arrancó de las garras de los fariseos y sus secuaces.

Aquel infante era uno de los pequeñuelos á quienes el Señor acogió diciendo:—Dejad á los niños que se acerquen á mí.—La cabeza del tierno Eleazar quedó santificada con la imposicion de las manos que formaron el universo, y correspondió á tan augusta consagracion acompañando á su Divino maestro hasta verle sepultado, dulcificando algun tanto con su presencia la soledad de María. No tenia mas tributo que ofrecer en holocausto.

II.

Muchos años despues corria un hombre por las orillas del Tiber siguiendo el curso de las aguas, segun le era posible hacerlo en razon de los herbazales y remansos que dificultaban su carrera. Fija la vista en un bulto que arrastraba el turbulento cauce, llegó á paraje donde juzgando perdido el objeto de su atencion, se arrojó á la corriente, y reluchando con ella apareció en la márgen abrumado con una pesada carga que depositó en tierra. Allí miró á todas partes sin descubrir cosa que le satisfaciese, porque la noche era tenebrosa, y el cielo encapotado ni aun la mas pequeña estrella dejaba descubrir. Hecho esto lanzó un agudo silbido y esperó de nuevo. Esta vez no fué inútil su solicitud. Dos esclavos se presentaron y entre los tres levantaron del suelo el bulto sacado del rio, que no era otra cosa que un cadáver; y cerca de aquel lugar le dieron piadosa sepultura. Hecho lo cual arrodillándose sobre la pobre tumba pronunciaron á coro con fervorosa entonacion:

—Simon Pedro, mártir de la verdad, ruega por nosotros.

Despues el primero despidió á los segundos con esta fórmula:

—El Señor sea con vosotros; marchad en paz.

—El quede contigo, Eleazar, le respondieron.

Pasó algun tiempo mas, y una mañana entraron en la gruta donde se ocultaba nuestro fiel israelita, cerca de la via Nomentana, dos guerreros cubiertos de polvo y sudor.

—Aquí debo morir, dijo el de mas autoridad; no tardes en atravesarme el pecho, porque mis enemigos se acercan y prefiero la muerte á sus insultos.

El soldado desenvainó su espada á tiempo que apareció Eleazar á detener el golpe.

—Claudio Neron, exclamó; veo que la mano de Dios pesa sobre tí, pero sabe que su misericordia es inmensa.

—¿Quién eres, siervo atrevido que así te opones á mi deseo? ¿De que dios vienes á notificarme la justicia?

—Soy un discípulo de Pedro y Pablo, á quienes martirizaste; soy hermano en el Señor de aquellos justos cuyos cuerpos untados de brea hacías servir de antorchas en tus lúbricas bacanales, y te ofrezco el perdon de tus inmensos crímenes si arrepentido invocas la clemencia del único Creador de cielos y tierra.

—¡Arrepentirme! nunca. Quisiera que el universo solo tuviese una cabeza para disfrutar el gusto de cortarla, y la esperanza en el cielo es una vana ilusion para nosotros los filósofos. La venganza es el placer de los inmortales; ya ves que mal podrá esperar tenerlos propicios el que siempre se burló de todo culto.

En esto un confuso galopar de caballos indicó la proximidad del peligro.

—Pronto, acaba, exclamó el destronado emperador, dirigiéndose á su esclavo.

Este le obedeció ligero pasándole el corazon de una estocada. Cayó revolcándose en el polvo y se le oyó decir entre las bascas de la muerte:

—¡Qué grande artista va á perder el mundo!

Porque Neron era un grande artista, queridos niños, así como lo fueron tambien Calígula y Domiciano y como son entendidos, y aun sabios en varios puntos, algunos desdichados sin fé ni principios religiosos, á quienes oireis criticar de lo mas sagrado; pero si les hicieseis una pregunta del Catecismo, de seguro que no sabrian responder, ni mucho menos definir ningun punto que se relacione con la sana moral.

DIONISIO CHAULIÉ.

DIOS.

Señor! en el murmullo lejano de los mares
Oí de tus palabras la augusta majestad,
Oíla susurrando del monte en los pinares,
Y en la de los desiertos, callada soledad,
Tu voz cruza en las brisas, y en el perfume leve

Que brota á los columpios de la silvestre flor,
 Tu sombra entre las aguas, magnífica se mueve,
 Tu sombra, que es tan solo la inmensidad, Señor!
 Tú diste á la esperanza la forma de una hada,
 Purísima inocencia le diste á la niñez,
 Si diste sed al hombre, le diste la cascada,
 Si hambre, en cada espiga la aprisionada mies.
 Y el niño y el anciano te llaman en su cuita,
 Y acaso en su delirio el réprobo también,
 Te llaman los lamentos de la viudez proscrita,
 Y el trovador que llora, ¡Jehová, te dice, ven!
 Tú diste á la montaña la soledad augusta,
 Su sombra gigantesca, su religiosa paz:
 El estampido al trueno que el corazón asusta,
 Y el ruido á las tormentas en que cruzando vas.
 Y diste al hombre acento para cantar tu *hosanna*
 Cuando la turbia noche le pide una oración;
 Mas calla el hombre entonces, por eso en la mañana
 Los pájaros te ofrecen su universal canción.
 Tú hicistes esas playas que ciñen los contornos
 del mar que en vano intenta salir de su nivel,
 Y diste al Cotopaxi sus inflamados hornos,
 Livianos resplandores del antro de Luzbel.
 Señor, cuando en mis horas de soledad y duelo
 Se bañe en sus tristezas mi yerto corazón,
 Te llamaré en mi insomnio de duda y desconuelo,
 Y secará mi llanto tu santa inspiración.
 Cuando los rayos prende tu poderosa diestra,
 Temblando se refugian los ángeles á ti,
 Y acaso alguno de ellos en su estupor te muestra
 A la que en mis plegarias evoco desde aquí.
 Tal vez piadoso entonces tu cólera depongas,
 Y apagues de tus rayos el fuego destructor,
 Y donde serpentearon sus resplandores, pongas
 La luz de los portales de Nazareth, Señor.
 Cuando en la noche cierras tus inmortales ojos,
 Su luz en tus pupilas la luna va á buscar,
 Y el sol para ceñirse de sus colores rojos
 Con un arcángel tuyo te manda despertar.
 Tu nombre en el espacio lo escriben los cometas
 Con cifras misteriosas que el hombre no leyó,
 Porque jamás supieron ni sabios ni poetas
 El inmortal arcano que en ellos encerró.
 Tú cruzas en la nube que se alza en tu holocausto
 Del incensario de oro que brilla en el altar;
 Del penitente animas el corazón exhausto
 Cuando á tus pies se postra con lágrimas á orar.
 Jehová, dicen las brisas, Jehová dice el torrente,
 Jehová dicen los aires, y el huracán, Jehová,
 Y el hombre y el insecto te llevan en su mente,
 Porque do quier escrito tu excelso nombre está.
 Perdón, si en mi delirio, osé cantar tu nombre,
 Tu nombre, que la tierra no sabe comprender;



FLOR DE LA INFANCIA.



Jesucristo arrojando del templo á los vendedores.

Si te ofendió mi lengua, recuerda que soy hombre,
Aunque ángel pudo el hombre sobre la tierra ser.

Yo sé que tú inflamaste los soles del vacío,
Y que esos senos de agua que llama el hombre mar,
En sus gigantes ondas, no pueden más, Dios mío,
Que en sus inmensas playas tu nombre rubricar.

Señor, cuando en mis horas de soledad y duelo,
Se bañe en sus tristezas mi yerto corazón,
Te llamaré en mi insomnio de duda y desconsuelo,
Y secará mi llanto tu santa inspiración.

B. ...

DE NUESTRO COMPORTAMIENTO EN LA IGLESIA.

Jesús se dirigió al templo, y arrojó á los vendedores y compradores y les dijo: «Escrito está: mi casa será una casa de oración: vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones.»

La justa indignación del Redentor contra los que profanaban el antiguo santuario, debe servirnos de saludable enseñanza acerca del respeto que estamos obligados á guardar en nuestras iglesias, morada del Dios vivo, cuya gloria tan solo se reflejaba en aquel.

En efecto; las conversaciones inútiles, la descompostura, la poca reverencia por último, ante la presencia del Todopoderoso en el sitio consagrado á pedirle remedio en nuestras necesidades, la misericordia para nuestras culpas y el pan de cada día, es un proceder criminal, fruto de una imaginación torpe. No basta ser ateo, ni mucho menos indiferente en punto á religión, es preciso ser necio, grosero y mal educado, porque á bien que si un hereje entra por curiosidad en un templo católico, guardará en él la moderación debida para no pasar por falta de cultura escandalizando á los que en uso de un derecho sagrado, protegido por todos los gobiernos que merecen este nombre, se reúnen en aquel lugar á tributar sus homenajes al Padre comun. Esto lo vemos todos los días y no necesita demostrarse. Por otra parte, queridos niños, ¿no es cierto que mereciera el nombre de loco el que al presentarse ante una persona de superior autoridad, á quien todo se lo debía, á demandarle gracia por ofensas anteriores y clemencia para lo sucesivo, le faltase al decoro volviéndole la espalda, midiendo la estancia con pasos descompuestos, escupiendo sin extrema urgencia y haciendo en todo cosas que indicasen la poca importancia en que tenía al dueño de la casa? Pues si este concepto se formaría del que así procediera con un simple mortal, por elevado que fuese ¿qué deberá pensarse del que insulta al Señor de lo creado en su mismo sagrario? ¿Cómo irritándole con nuestro proceder nos atreveremos á implorar sus beneficios?

Yo creo que si de alguna pequeña culpa de esta clase teneis que acusaros, mas que de maldad habrá procedido de ligereza; pero tened presente que la falta de reflexion es muy leve disculpa en caso tan importante, pues siempre debemos estar muy cuidadosos en la presencia de Dios, mayormente cuando manifiesto u oculto en el Tabernáculo nos da prueba de su amor habitando entre nosotros.

Jesucristo siempre clemente, que por un acto de bondad infinita derramó su preciosa sangre para la salvacion del género humano, al ver las profanaciones del templo castigó por sí mismo á los culpables, sin dar lugar á la persuasion, escusada cuando en el alma de todo racional existe un sentimiento de respeto profundo hácia los lugares consagrados al culto divino. Esto solo, sin otras consideraciones, fuera bastante para haceros conocer la gravísima pena que merece el autor de semejante delito.

No me cansaré de repetirlo, tiernos amigos de mi corazon, únicamente alguno que otro miserable de la canalla mas ruin, tal vez por falta de enseñanza, ó quizá muy contado número de pedantes, prostituidos en alma y cuerpo, eruditos á la violeta, segun frase de uno de nuestros ingenios del siglo pasado; estos, digo, son las únicas gentes que se atreven á burlarse de lo que nunca supieron, permitiéndose faltas de respeto ante la majestad del Señor de cielos y tierra.

Mas teniendo por ellos la compasion que debe inspirarnos la flaqueza de nuestros hermanos, y aborreciendo cual merece su lamentable ceguedad, vosotros por agradecimiento á la Bondad Suprema, por honor á vuestros padres y maestros y por vuestro propio decoro, nunca olvideis en el sagrado templo el lugar en que os hallais, la inmensa grandeza del Dios que le ocupa y vuestra pequeñez, que jamás se hallará tan elevada como rindiendo adoracion y homenaje al que prometió humillar á los soberbios y ensalzar á los que se humillan.

DIONISIO CHAULIE.

LA LIMOSNA DEL NIÑO.

A la puerta de un templo
Un pobre llora,
Por caridad pidiendo
Santa limosna;
Un niño llega,
Y en las manos del pobre
Dos cuartos deja.

Muchos le han dicho,
Y á los hombres lecciones
Ha dado un niño;
Por eso tocan,
Por eso las campanas
Tocan á gloria.

RAFAEL TEJADA Y ALONSO.

«Dios le socorra, hermano.»